



## Horizontes de la Cultura

# ELENA PONIATOWSKA CRUZA PALABRAS

por Diego Miran

Ser un buen periodista —un periodista de "interview", de semblanzas— no es fácil. Dar en las páginas de la prensa, en un espacio forzosamente escaso, los rasgos físicos y psicológicos al mismo tiempo que las opiniones de un hombre público (artista, político o lo que fuere), comporta saber reducir a un extracto significativo lo que es, de por sí, un complejo mundo, en general contradictorio, muy frecuentemente disimulado con habilidad. Se trata de penetrar hasta el fondo de una realidad cerrada y no siempre disponible.

En revistas y diarios de México aparece regularmente la firma de Elena Poniatowska, una princesa polaca mexicanizada, tras cuya sonrisa y aire distraído el entrevistado suele entregar, a veces a su pesar, el hilo de su secreto. Sin ninguna clase de coacción, esta muchacha rubia, que hace preguntas ingenuas, desenmadeja los secretos que sus interlocutores se propusieron ocultar. Jaime García Terrés ha escrito de ella: "Algunas de sus entrevistas son verdaderas obras maestras; no sólo por la gracia, asimismo por la documentación que enmarca el perfil de los interlocutores". Y es cierto.

La prueba de ello está en su libro de reportajes escogidos que ha titulado "Palabras Cruzadas" (Ediciones Era, México, 1961), en donde cualesquiera de las etopeyas que reúne descubre una perspectiva novedosa sobre un personaje conocido, famoso. El caso de Francois Mauriac es todo un modelo de lo que Elena Poniatowska hace con los elegidos de su pluma. La periodista tocó en París la puerta de la casa del novelista, se sentó frente a él y comenzó a fusilarlo con sus interrogantes.

"—¿Ha leído usted algunas obras mías?"

"—No, señor Mauriac. Apenas voy a comenzar. Ayer compré NIDO DE VIBORAS... Pero, dígame usted, cuál es su mejor libro?"

"—De nada serviría que le conteste, señorita, usted no conoce mi pensamiento. No hay conversación posible..."

"Y Francois Mauriac, alto y flaco, se puso a frotar las manos con impaciencia, bajo el pretexto de que estaba haciendo mucho frío en su biblioteca. Sus respuestas, y hasta sus eventuales preguntas, se fueron haciendo cada vez más breves y más frías, dichas con esa voz suya, "las cenizas de una voz" impresionante y destruida..."

Y a partir de este conflictivo inicio, casi en plena disputa, la periodista se acercó al corazón, al alma, a la vida del académico, hasta que todo terminó —como lo dice el título de este pasaje del libro— en una "invitación a la puerta". Desfilan en "Palabras Cruzadas", en verdaderos cuadros vivos que resultan una delicia leer, Alfonso Reyes, Lázaro Cárdenas, Diego Rivera, Carlos Chávez, Siqueiros entre rejas, Luis Buñuel, Zavattini y otros más, para los que Elena Poniatowska tiene ternura y admiración, agudeza crítica y espíritu burlón, inteligencia comprensiva e información amplísima. Legítimos retratos íntimos, indiscutibles documentos para la historia de muchos personajes sorprendidos en pantúflas, las entrevistas de esta polaca que come tortillas y habla con el acento de los habitantes del Anahuac serán requeridas alguna vez por los investigadores en pos de un indicio palpitante.

Abarcar como periodista una dimensión semejante equivale —repetimos— a poseer un poder de análisis, primero, y de síntesis, después, que no es común, reduciendo a una fórmula eficaz la crecida operación numeral —adiciones y sustracciones— que es siempre una personalidad, más aún si es notable. Elena Poniatowska lo logra. Es decir, hace de la entrevista un género literario que fija el signo de este tiempo caleidoscópico y huidizo.